

margen N° 117 - junio de 2025

## Trabajo Social en tiempos de algoritmos. Identidad, ética y práctica en la era digital

Por Natalia Salcedo

**Natalia Salcedo.** Trabajadora Social.

El avance vertiginoso de las tecnologías digitales ha transformado profundamente las formas en que las personas se relacionan, comunican y organizan en la vida cotidiana. Este nuevo escenario desafía también a las profesiones tradicionales, entre ellas al Trabajo Social, obligándola a repensar sus fundamentos, sus prácticas y su identidad profesional.

En tiempos de algoritmos, redes y plataformas, resulta imprescindible revisar cómo estas dinámicas influyen en la construcción del rol del trabajador social, en sus formas de intervenir y en los vínculos que establece con los sujetos: ¿cómo se inserta el trabajo social en esta trama?, ¿qué lugar tenemos como educadores sociales en lo digital?, ¿cómo la digitalización está impactando metodológicamente sobre las prácticas del trabajo social?

Este trabajo propone un recorrido reflexivo y crítico por los principales ejes que articulan la profesión en clave digital: la identidad profesional, la cultura tecnológica, la ética, la intervención y la formación, explorando tanto sus oportunidades como sus riesgos.

### **La Identidad Profesional en Tiempos de Algoritmos**

Según la Real Academia Española, la identidad es el conjunto de rasgos propios de un individuo o una colectividad que los caracteriza frente a los demás. Se trata de un proceso dinámico, en permanente construcción, atravesado por múltiples dimensiones: subjetivas, sociales, históricas y simbólicas.

Etimológicamente, la palabra identidad proviene del latín *idem*, que significa “lo mismo”, haciendo referencia a una unidad o continuidad del ser. Sin embargo, en el campo de las ciencias sociales y humanas, lejos de pensarse como algo fijo o inmutable, la identidad se concibe como una construcción subjetiva en constante transformación, tensionada por los vínculos con los otros, el contexto histórico-cultural y las propias experiencias vitales.

El concepto ha sido abordado desde múltiples disciplinas. Con el surgimiento del psicoanálisis en el siglo XX, la identidad comienza a ser pensada también desde la lógica del deseo, el conflicto inconsciente y las marcas que deja la infancia. Desde esta perspectiva, Sigmund Freud (1976) sostiene que la identidad no se construye de manera lineal o racional sino como efecto de procesos psíquicos inconscientes en los que la identificación con figuras significativas (padres, cuidadores, referentes sociales) juega un papel central.

El psicoanálisis contemporáneo amplía esta mirada incorporando las dimensiones sociales, culturales y simbólicas. En este marco, la identidad se forma dentro de un entramado simbólico que da sentido a lo que somos y se ve atravesada por la pertenencia a ciertos grupos por las narrativas sociales, por las atribuciones que recibimos y las que asumimos o rechazamos. Implica, en este sentido, un proceso autorreflexivo mediante el cual el sujeto articula su experiencia personal con el reconocimiento -o no- por parte del otro.

Desde su óptica, Giddens (1991) aborda el concepto de la identidad del yo refiriéndose a cómo nos vemos a nosotros mismos y cómo nos presentamos a los demás en el contexto de nuestra vida social. En su propuesta, la identidad abarca tanto la dimensión individual como la colectiva, y se encuentra influenciada por las relaciones sociales y las estructuras de poder. En ese sentido, el autor destaca cómo las nuevas tecnologías están afectando los tiempos y espacios tradicionales, transformándolos con la aparición de lo que él denomina "no lugares". Estos espacios pierden parte de su significado original y dan paso a la creación de tiempos más abstractos, presionándonos a tomar decisiones sin los rituales y tradiciones que antes nos orientaban. Esta falta de marcos orientadores genera, en muchos casos, estados de ansiedad y duda, los cuales pueden desembocar en miedo y rechazo. Tal como lo señala Giddens, esta "reflexividad" a veces se presenta de manera exagerada, incrementando la incertidumbre sobre nuestra identidad en un contexto tecnológico en constante cambio.

"La identidad ya no se recibe pasivamente, sino que se construye reflexivamente en un entorno que impone elecciones continuas y redefiniciones del yo" (Giddens, 1991).

Dentro de los profundos cambios experimentados durante el siglo XXI, el trabajo social se encuentra interpelado en la necesidad de revisar sus fundamentos y prácticas desde una mirada crítica y situada. Tal como señalan Krmpotic y Ponce de León (2017), esta profesión -que surgió durante el proceso de modernización- enfrenta hoy desafíos de pensarse en clave posmoderna, cuestionando los enfoques ortodoxos y totalizantes, destacando verdades parciales, contextuales y provisionales propias de una praxis que se define por su carácter local, ad hoc y adaptativa.

Asimismo, hoy la identidad profesional no se construye únicamente en espacios institucionales, sino también en plataformas digitales que operan bajo lógicas algorítmicas. La validación profesional muchas veces depende de la cantidad de interacciones, seguidores o publicaciones visibles. Esta mercantilización simbólica de la identidad interpela nuestras prácticas: ¿cómo sostener una ética profesional sin caer en el marketing del yo?

En tiempos de algoritmos, inteligencia artificial y automatización del trabajo, pensar la identidad profesional exige revisar cómo estas nuevas tecnologías afectan nuestras formas de nombrarnos, de producir sentido y de ejercer nuestras profesiones. La pregunta por la identidad ya no solo remite a quién soy, sino también a quién soy en un mundo cada vez más mediado por tecnologías que anticipan, sugieren, cuantifican y clasifican nuestras acciones. En este escenario, la construcción de la identidad profesional se vuelve aún más compleja, desafiando a los sujetos a sostener su singularidad en contextos cada vez más estandarizados.

En palabras de Byung-Chul Han (2013), "En la sociedad de la transparencia, el sujeto deja de ser un sujeto del deseo para convertirse en un sujeto del rendimiento. Y allí donde solo hay rendimiento, no hay identidad, sino apariencia". Esta afirmación condensa con precisión los desafíos contemporáneos de la identidad profesional, interpelada por las lógicas de la visibilidad, el marketing del yo y la eficiencia cuantificable.

“La inteligencia artificial no sólo automatiza tareas, también modela formas de pensar, sentir y actuar. La IA se convierte en una infraestructura emocional y cognitiva” (Tirado & Domènech, 2021), por tanto, en un mundo cada vez más mediado por la tecnología, los trabajadores sociales deben ser conscientes de cómo las plataformas digitales afectan su identidad profesional. Es crucial que reflexionemos sobre cómo nos presentamos en estos espacios, sin perder de vista los valores fundamentales de nuestra profesión.

La construcción de nuestra identidad profesional debe ser un proceso consciente y reflexivo que no solo busque la visibilidad sino también el compromiso ético con los derechos humanos, la justicia social y la dignidad de las personas con las que trabajamos. Como profesionales debemos preguntarnos: ¿cómo equilibramos nuestra presencia digital con la autenticidad y la ética profesional? Reflexionar sobre estas preguntas puede ayudarnos a mantener una práctica sólida y coherente en la era digital.

Asimismo, es necesario reflexionar acerca de cómo la digitalización ha impactado metodológicamente sobre las prácticas del trabajo social: ¿teleasistencia?, ¿intervenciones virtuales?, ¿grupos y comunidades virtuales?, ante lo cual es necesario plantearse roles como:

- Educadores sociales digitales.
- Generadores de contenido significativo en redes.
- Referentes comunitarios en entornos virtuales.
- Desarrolladores de proyectos sociales con IA y nuevas tecnologías.

Queda expuesta de ese modo la necesidad de crear nuestra marca personal como profesional del trabajo social, con el propósito de ayudar a romper con la idea de que el trabajo social debe permanecer “detrás de escena” y reforzar el concepto de que también podemos ser voces públicas, referentes e inspiraciones a través de acciones como:

- El desarrollo de un blog o micro-sitio web profesional en el que puedas compartir tus reflexiones, textos, avances. Puede ser tu laboratorio de marca personal.
- El armado de un grupo de trabajadoras sociales, aunque sea virtual, para compartir avances, dudas, propuestas.
- La documentación de procesos.

Estas acciones -y otras- mostrarían al trabajador/a social como un/a experto/a en resolución de problemas sociales, acompañamiento comunitario o gestión emocional, visibilizando áreas de intervención a través de contenidos que eduquen al público sobre cómo el trabajo social puede mejorar la calidad de vida en muchos niveles, así como la puesta en marcha de consultorías online en problemáticas de familia, comunidad, vulnerabilidad, migración, accesibilidad a derechos o la implementación de talleres (de liderazgo comunitario, de salud mental, de estrategias de empoderamiento) o la creación de cursos digitales o ebooks sobre intervención social.

Se trata de encontrar una narrativa propia que instale la idea de que los trabajadores sociales no son simplemente agentes que brindan "ayuda" sino expertos en procesos de transformación social para dejar de lado la mirada caritativa o asistencialista: mostrar al trabajo social como profesión,

estrategia y conocimiento aplicado, así como poder pensar protocolos éticos para la práctica en entornos digitales: confidencialidad, consentimiento informado, manejo de la imagen y narrativas respetuosas. Por lo expuesto se hace necesario seguir pensando de qué manera las lógicas algorítmicas desafían la autenticidad en la práctica del Trabajo Social.

### **La Cultura Digital y el Trabajo Social**

En un mundo donde las tecnologías digitales estructuran nuevas formas de relación y organización, resulta imprescindible revisar cómo estas transformaciones inciden en el ejercicio profesional del trabajo social. La identidad profesional ya no se configura exclusivamente en los espacios tradicionales sino también en escenarios digitales atravesados por algoritmos, redes y plataformas.

Manuel Castells (2005) sostiene que esta estructura se caracteriza por redes de producción, poder y experiencia que operan a través de flujos de información y comunicación en tiempo real. En este contexto, el trabajo social debe adaptarse a estas nuevas dinámicas, reconociendo que las redes digitales no solo transforman la manera en que nos comunicamos sino también cómo intervenimos y nos relacionamos con los sujetos en nuestra práctica profesional.

Siguiendo a Kisnerman (2005), es necesario que el trabajador social:

- a) Conozca los problemas sociales que afectan a la población y cómo los significan.
- b) Preste atención integral cuando las circunstancias lo requieran, capacitando, organizando y animando procesos para que las personas se asuman como actores activos y responsables en la acción colectiva y transformadora de sus problemas.
- c) Logre, junto a dichos actores, un mayor respaldo de recursos y medidas de las instituciones, apoyando programas destinados a elevar la calidad de vida de la población.

Esto implica una formación profesional continua que va más allá del grado académico, para actuar competentemente frente a las problemáticas sociales y la incertidumbre de lo novedoso.

### **Nuevos Espacios de Intervención y Tensiones Emergentes**

Ante este creciente escenario de transformación digital, a los trabajadores sociales se les plantea la necesidad de ampliar la mirada para incorporar nuevos espacios de intervención que emergen en el mundo virtual.

Las redes sociales, las plataformas digitales y las comunidades virtuales se constituyen como ámbitos legítimos de interacción social, de producción de sentidos y de organización colectiva. Estos espacios no solo permiten visibilizar problemáticas sociales sino también fomentar la participación, fortalecer vínculos comunitarios y promover acciones de impacto sociocomunitario. Por lo tanto, el profesional del trabajo social también puede reflexionar acerca de cómo definir espacios y plataformas digitales de servicios sociales comunitarios, con respuestas en red y al instante y, a su vez, reflexionar acerca de cómo transformarse en creador de contenidos acerca no solo de la profesión sino de aspectos políticos y sociales de importancia.

A continuación, se presentan algunas plataformas y comunidades virtuales relevantes, junto a su potencial uso en el trabajo social:

<b>Plataforma / Comunidad</b>	<b>Uso en Trabajo Social</b>
Facebook	Creación de grupos comunitarios, organización de campañas de ayuda, difusión de recursos y eventos sociales.
Instagram	Visibilización de causas sociales, promoción de derechos, campañas de sensibilización.
WhatsApp	Comunicación rápida con usuarios, seguimiento de casos, organización de grupos de apoyo.
YouTube	Difusión de talleres, charlas educativas y campañas de prevención social.
Zoom / Google Meet	Realización de talleres, capacitaciones, reuniones de redes comunitarias en formato virtual.
Change.org	Impulso de campañas de incidencia social y defensa de derechos mediante peticiones colectivas.
Foros de Salud Mental (7 Cups, otros)	Espacios de acompañamiento emocional, escucha activa y orientación psicosocial online.
Red de Trabajadores Sociales Online	Intercambio profesional, capacitación continua, construcción de redes de intervención.
Comunidades barriales virtuales	Organización territorial, fortalecimiento de redes de solidaridad local, respuesta ante emergencias sociales.
Plataformas de Crowdfunding (GoFundMe, Donar Online)	Recaudación de fondos para causas sociales, apoyo a proyectos comunitarios y asistencia a personas en situación vulnerable.

La digitalización de la sociedad presenta nuevas oportunidades y desafíos para el trabajo social. Las redes sociales y las plataformas digitales no solo transforman la forma en que nos comunicamos sino también cómo intervenimos y nos relacionamos con las personas. Como trabajadores sociales, debemos aprovechar estas herramientas para fortalecer nuestra labor, pero

también debemos estar alertas a los riesgos que conllevan la superficialidad o la dependencia de sistemas que no priorizan el bienestar colectivo. La práctica profesional debe adaptarse a esta nueva realidad fomentando la participación, la organización y la visibilidad de las problemáticas sociales. Preguntémosnos cómo podemos usar la tecnología para promover una transformación social significativa sin perder de vista el compromiso con los valores humanos y la justicia social.

### **Ética Digital y Trabajo Social**

Dada la creciente necesidad de universalizar la presencia digital, es fundamental reflexionar sobre qué compartir, por qué y con qué propósito. Este desafío implica una profunda reflexión sobre las tensiones emergentes que afectarán, sin duda, la visibilidad y exposición del yo, especialmente en lo relacionado con la privacidad, la representación y la autenticidad en las interacciones profesionales. En este contexto, se requiere que el trabajador social desarrolle habilidades comunicacionales específicas que le permitan transmitir mensajes de manera clara, respetuosa y comprometida socialmente. Estas habilidades se pueden entender como el desarrollo de lo que Orozco Gómez denomina "competencias simbólicas", que se refieren a la capacidad de negociar y resignificar los significados transmitidos en los medios y en las interacciones digitales (Orozco Gómez, 2000).

Este proceso implica, sobre todo, tomar control reflexivo acerca de qué se transmite, cómo se representan a sí mismos y a los demás y cómo se gestionan los contenidos. No solo hablamos de la habilidad técnica para interactuar sino también de la capacidad crítica de comprender el impacto de dichas interacciones, tanto socialmente como laboralmente, lo cual debe buscar promover valores fundamentales como la dignidad, la equidad y la justicia social, considerando las tensiones éticas que surgen en cuanto a la privacidad, la representación y la autenticidad de las personas y las comunidades con las que trabajan. El manejo consciente de la imagen y los mensajes, así como la promoción de una práctica ética en línea, son esenciales para mantener la confianza y el respeto en un contexto profesional que cada vez se encuentra más interconectado.

Este desarrollo de competencias simbólicas tiene un impacto directo en la manera en que el trabajo social se presenta en el ámbito digital, permitiendo a los trabajadores sociales no solo ser consumidores de contenido, sino también creadores de narrativas que refuercen la misión de la profesión: promover el bienestar y los derechos de las personas. Por tanto, es vital que se adquieran las habilidades necesarias para gestionar la visibilidad, las relaciones y las intervenciones de manera ética en las plataformas digitales.

Al desarrollar estas competencias, el trabajador social puede mantener una práctica ética y respetuosa, asegurando que su presencia digital sea una extensión genuina de su identidad profesional y no una simple "puesta en escena" para atraer atención o seguidores.

Además, en el actual escenario de acelerada digitalización, el uso de herramientas de inteligencia artificial en el ámbito del trabajo social impone nuevos retos éticos. Desde sistemas de análisis de datos que priorizan casos de atención, hasta plataformas que automatizan parte de la intervención profesional, la IA puede facilitar procesos, pero también generar sesgos y decisiones que atentan contra los principios fundamentales del trabajo social. La reciente incorporación de sistemas de IA en servicios sociales de Inglaterra, como el caso de 'Magic Notes', que sugiere acciones automatizadas a partir del análisis de conversaciones (Booth, 2024) ya ha despertado controversias en torno al reemplazo de criterios humanos por algoritmos con lógicas de eficiencia antes que de justicia. Estas situaciones exigen que el trabajador social adquiera no solo

competencias técnicas para interactuar con estas herramientas sino también capacidades críticas para evaluar su uso en función de los derechos de las personas y comunidades atendidas. Así como se exige una representación ética en la construcción de la imagen digital, también se demanda una vigilancia activa sobre los criterios y valores incorporados en los algoritmos que median las decisiones institucionales.

Otro desafío emergente es la cuestión referida a la construcción de la autoridad, ya que en estos entornos las jerarquías tradicionales se ven desafiadas. Por lo tanto, es fundamental que el profesional trabaje en pos de construir confianza, legitimidad y liderazgo ético, no solo basándose en títulos y cargos sino, sobre todo, en la coherencia entre el discurso y la acción y en la manera en que interactúa en las redes sociales. Esto demanda una profunda reflexión sobre los riesgos de la espectacularización de la intervención social, evitando prácticas que trivialicen las problemáticas o que expongan de manera inadecuada a las personas con las que trabajamos. Surgen, entonces, algunas preguntas clave que deben guiar la práctica profesional en los entornos digitales: ¿qué imágenes compartimos?, ¿qué historias contamos?, ¿a quiénes damos voz y por qué?

Esta reflexión invita a los trabajadores sociales a tener en cuenta los desafíos que enfrentan en su día a día, tanto en el ámbito digital como en la interacción directa con las personas, ayudándoles a integrar los conocimientos teóricos de manera práctica y ética en su ejercicio profesional.

### **La Digitalización de la Intervención Social: Oportunidades y Riesgos**

En un entorno cada vez más digitalizado, en el que participamos activamente e intensamente como consumidores de redes sociales y usuarios de múltiples plataformas y servicios, se vuelve imprescindible redefinir el trabajo social y la intervención social. Estas prácticas se desarrollan hoy en escenarios efímeros y mutables en los que la velocidad de la información y la fragmentación de las experiencias dificultan el acompañamiento sostenido y la construcción de vínculos sólidos.

Desde la perspectiva de la *modernidad líquida* propuesta por Zygmunt Bauman (2007), vivimos en una época donde nada es estable: las relaciones, las identidades y las instituciones se vuelven transitorias, frágiles y propensas a la desintegración. En este contexto, el trabajo social enfrenta el desafío de intervenir en realidades que se transforman continuamente, sin los anclajes tradicionales que ofrecían estabilidad y continuidad. La digitalización, si bien abre oportunidades inéditas de acceso, visibilidad e interacción con poblaciones vulnerables, también puede reforzar la desconexión emocional, la superficialidad de los lazos y la deshumanización del vínculo profesional.

Ante tales desafíos se llevó adelante el I° Congreso Internacional de Trabajo Social Digital en el año 2020, organizado por tres universidades españolas (UNED, Universidad de Zaragoza y Universidad de Málaga) a partir del cual se creó el canal Trabajo Social Digital -Digital Social Work-, tratándose temáticas como:

- La garantía de los derechos digitales para la ciudadanía
- Transformación digital vs Transformación social. Aportaciones críticas y propositivas desde el Trabajo Social
- Competencias digitales e itinerarios de inclusión digital frente a la brecha digital de participación
- El futuro ya está aquí. La inteligencia artificial en la formación y la práctica del

Trabajo Social. Nuevos retos, nuevos escenarios de intervención

- La construcción de la relación de ayuda en Trabajo Social a través de la digitalización
- Investigación-Transferencia-Intervención Social: Diálogos a través de respuestas locales para un mundo con problemas globales y en clave de género en España y Latinoamérica
- Las TIC en las intervenciones cotidianas de los trabajadores sociales y otras profesiones de lo social

La digitalización atraviesa de manera transversal la vida social y, por lo tanto, interpela directamente al Trabajo Social. No se trata únicamente de incorporar tecnologías sino de repensar profundamente las formas de vincularse, de acompañar y de intervenir en un mundo en constante transformación. Las oportunidades son múltiples: ampliación del acceso, nuevas metodologías, posibilidad de intervenir en tiempo real y de llegar a territorios antes inexplorados. Sin embargo, también emergen riesgos que no pueden ser soslayados: la fragilidad de los vínculos, la brecha digital, la vigilancia algorítmica, la desinformación, entre otros.

El Iº Congreso Internacional de Trabajo Social Digital ha dejado claro que el debate está abierto, que existen experiencias valiosas y que es posible construir un Trabajo Social digital ético, crítico y situado. Frente a la modernidad líquida, la tarea es crear anclajes significativos, vínculos sostenibles y estrategias colectivas que permitan a las y los profesionales no sólo adaptarse a lo digital, sino también transformarlo en una herramienta al servicio de la dignidad humana, la inclusión y la justicia social.

Por otra parte, la profesión se encuentra ante el dilema de no convertirse en productora de pornografía de la pobreza para alimentar el algoritmo, ya que plataformas como TikTok o Instagram recompensan contenidos que simplifican lo social. Un artículo de eldiarioAR firmado por Raúl Novoa (2023) analiza cómo algunos influencers monetizan la pobreza al viralizar su “caridad”, utilizando a personas en situación de vulnerabilidad para protagonizar videos que les permiten aumentar sus ingresos. Estas prácticas han sido objeto de crítica por parte de expertos en ética y trabajo social, quienes advierten sobre la necesidad de sensibilizar y prevenir con ética estos problemas.

### **La Formación del Trabajador Social en un Mundo Digital**

Natalio Kisnerman (2005), en su obra *Pensar el trabajo social*, analiza la crisis de los paradigmas y las disciplinas, planteando la necesidad de un enfoque pluralista que legitime los atravesamientos interdisciplinarios. Propone resituar al trabajo social en una nueva época, construyendo teorías actualizadas mediante una reflexión crítica acorde a los tiempos que vivimos. Desde esta perspectiva, la formación en trabajo social no puede permanecer anclada a enfoques clásicos, sino que debe incorporar nuevas competencias para responder a las transformaciones sociotécnicas contemporáneas.

La educación profesional debe asumir el desafío de formar trabajadores sociales capaces de desplegarse con capacidad en contextos digitalizados, que requieren no solo saberes tradicionales sino también habilidades tecnológicas, comunicacionales y éticas en entornos digitales. Esto

implica incluir en los planes de estudio contenidos vinculados al uso crítico de herramientas digitales, la gestión de redes sociales, la ciberseguridad, la protección de datos personales y las implicancias éticas del ejercicio profesional en plataformas virtuales.

Ante esta situación, Pérez Tornero (2011) sostiene que la alfabetización digital no es únicamente un derecho sino una necesidad inevitable para que los ciudadanos puedan tomar decisiones informadas en un mundo atravesado por flujos constantes de información digital. El trabajo social debe asumir un rol activo en la promoción de la alfabetización, sobre todo en poblaciones vulnerables, ya que debido a su compromiso histórico con la equidad y la justicia social debe tener en cuenta el riesgo que significa el quedar excluidos de estas nuevas formas de participación, acceso a servicios, derechos e información.

La formación digital de los trabajadores sociales no se trata solo de una cuestión técnica sino también política y ética para habilitar nuevas formas de intervención, de escucha, de acompañamiento y construcción colectiva en escenarios cada vez más mediados por las tecnologías. Al mismo tiempo, requiere una reflexión crítica constante sobre los límites, los riesgos y las posibilidades de estas herramientas en el ejercicio profesional.

En un mundo en el que la tecnología redefine los modos de habitar lo social, la formación profesional debe ser flexible, contextualizada y comprometida con la transformación social, sin perder de vista los principios fundantes del trabajo social: la defensa de los derechos humanos, la justicia social y la dignidad de las personas.

Asimismo, es necesario realizar un análisis crítico de los sistemas de inteligencia artificial (IA) y su impacto en las políticas públicas y la vida cotidiana de las personas. La automatización de decisiones en ámbitos como la asistencia social, la salud y la educación plantea riesgos de reproducción de desigualdades si no se incorporan criterios éticos y de justicia social en su diseño y aplicación, ante lo cual los trabajadores sociales deben ser capaces de comprender y cuestionar el funcionamiento de estos sistemas, identificar sesgos y participar en su regulación así como también promover una cultura de bienestar digital para asegurar que la tecnología no sustituya, sino más bien que potencie el vínculo ético, humano y transformador que caracteriza a la profesión.

## **Conclusiones**

El Trabajo Social del siglo XXI no puede desarrollarse de espaldas a la era digital. La tecnología ya no es un recurso externo sino un entorno estructurante de la vida social. En este contexto, la profesión está llamada a asumir una actitud activa, crítica y transformadora; el trabajo social no solo interviene en los territorios físicos sino también en los territorios simbólicos de la cultura digital, en los que las plataformas virtuales, si bien ofrecen nuevas posibilidades de intervención, también presentan tensiones éticas, desigualdades y desafíos inéditos para el ejercicio profesional. Reconocer estas transformaciones implica repensar la identidad, adaptar las metodologías, fortalecer la formación profesional y construir nuevas formas de intervención acordes con los valores fundamentales del Trabajo Social en un mundo marcado por la velocidad, la fragmentación y la hiperconectividad: la dignidad humana, la justicia social, la participación y la defensa de los derechos.

Alfredo Juan Manuel Carballada (2012) aborda cómo las transformaciones recientes han generado escenarios atravesados por diversas formas de desigualdad social, incrementando la complejidad de la Cuestión Social. En este contexto, los problemas sociales se presentan de manera novedosa, cuestionando incluso la noción misma de lo social. Desde la perspectiva del Trabajo

Social, este autor enfatiza la necesidad de una práctica profesional involucrada que se sumerja en el compromiso de abarcar, incluir, comprender e introducirse en la búsqueda de acompañamiento y cuidado de los problemas sociales. Involucrarse implica comprometerse dentro de esa complejidad, tomar partido y posicionarse, recuperando lo colectivo, la cultura, lo comunitario y la historia para facilitar la producción de nuevos caminos y rupturas que incluyan otras lógicas y perspectivas, especialmente fundadas en lo propio y desde un pensar situado.

Este enfoque invita a reflexionar sobre cómo el Trabajo Social puede adaptarse y responder a los desafíos contemporáneos, considerando las transformaciones sociales y culturales que afectan a los individuos y las comunidades. El desafío radica en construir prácticas éticas, sólidas y sensibles, capaces de habitar lo digital sin perder la profundidad del vínculo humano y pensar qué mundo queremos construir desde nuestra profesión

Asimismo, en un contexto digitalizado y globalizado en el que los algoritmos influyen en relación a cómo nos presentamos, resulta fundamental que también se puedan mantener espacios de resguardo que promuevan la singularidad de los sujetos y el valor de lo subjetivo como espacio de cambio y creación, por lo cual el trabajo social debe convertirse en un actor propositivo en el diseño de tecnologías sociales, políticas públicas digitales y formas innovadoras de acompañamiento, construyendo narrativas que visibilicen las voces silenciadas y acompañar procesos colectivos de apropiación tecnológica sin perder la centralidad del encuentro humano como motor de cambio.

## Bibliografía

- Bauman, Z. (2007). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Booth, R. (2024, septiembre 28). *Hundreds of social workers in England using AI system to suggest actions*. The Guardian. <https://www.theguardian.com/society/2024/sep/28/social-workers-england-ai-system-magic-notes>
- Carballeda, A. J. M. (2012). *Las prácticas en los tiempos de la disolución social*. Espacio Editorial.
- Castells, M. (2005). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen I: La sociedad red*. Alianza Editorial.
- Freud, S. (1976). *El yo y el ello* (Obras completas, Vol. XIX). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1923).
- Giddens, A. (1991). *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península.
- Han, B. C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder Editorial.
- Jenkins, H. (2009). *Cultura transmedia: La creación de contenido y valor en la era digital*. Paidós.
- Kisnerman, N. (2005). *Pensar el trabajo social*. Paidós.
- Krmpotic, C., & Ponce de León, A. (2017). *Las prácticas del Trabajo Social en clave posmoderna*. Espacio Editorial.

Novoa, R. (2023, 21 de octubre). *Pornomiseria: el problema de los influencers que monetizan la pobreza viralizando su "caridad"*. En elDiarioAR.

[https://www.eldiarioar.com/sociedad/pornomiseria-videos-virales-poverty-porn-influencers-monetizan-pobreza-videos\\_1\\_10390917.html](https://www.eldiarioar.com/sociedad/pornomiseria-videos-virales-poverty-porn-influencers-monetizan-pobreza-videos_1_10390917.html)

Orozco Gómez, G. (2000). *Recepción televisiva, construcción de sentido y ciudadanía*. Universidad Iberoamericana.

Pérez Tornero, J. M. (2011). *Alfabetización mediática e inclusión digital*. Comisión Europea / UNESCO.